

JESÚS FRANCISCO GARZÁS GARCIA-VILLARRUBIA

Los besos que no se dan



éride ediciones

Amalia y Jorge

Dijo que sólo quería dibujar una sonrisa en mi rostro, pero quería besarme.

Estábamos en una playa. No sabía ni qué hacer con las manos, así que decidí pasarme puñados de arena de la una a la otra. Si me concentro, puedo notar aún los granos escapándose entre mis dedos como también se me escapaban los últimos días de aquel verano. Amanecía o anochecía, la luz en mis recuerdos es tenue pero no consigo ubicarla en un horario concreto, a lo mejor todo esto de la iluminación es culpa de las brumas de mi memoria. Si exceptuamos al señor con aspecto de buscador de metales y alma de mirón que mero-deaba entre las sombrillas, aquel era el escenario perfecto para el primer beso.

Darí­a lo que fuera por volver allí. Justo a ese instante. Justo a aquella sensación. Si tuviera que buscar una metáfora, diría que me sentía como un imán paseando frente a la puerta de una chatarrería. Aquella fuerza interior que tiraba de mí estaba tan presente que creo que se podía percibir a simple vista si se entornaban mucho los ojos. Había atracción, había emoción, había incertidumbre y sí, supongo que había amor o, mejor aún, había un amor por descubrir.

* * *

Tras evocar su recuerdo, la llevé a las yemas de mis dedos y la teclé. Hacía una semana que había cambiado en mi perfil el estado a «es complicado». No habían llovido desde entonces los mensajes de todas esas amigas que yo ingenuamente

pensaba que podrían estar esperando al acecho, amándome en secreto. Sí había recibido mensajes de apoyo y por supuesto también algún que otro comentario cachondo, en sus dos acepciones, de varios colegas.

Facebook, la mirilla del cotilla, la ventana del nostálgico, la memoria del amigo que nunca te felicitaba el cumpleaños, el psicólogo barato para los carentes de vergüenza ajena, el retrete del amargado, el escudo del tímido, el escenario del vanidoso, el pasatiempo del aburrido, la rutina laboral del funcionario anquilosado, el álbum de cromos de los que coleccionan amistades en lugar de cultivarlas, era por primera vez para mí... la caña de pescar del soltero.

Nostálgico por vocación como soy, me encanta que el Facebook me haga cosquillas en la memoria. Vibro con los reencontros aunque luego casi nunca vaya más allá de un intercambio de formalismos. Algunas fotos antiguas son los mejores tesoros que puedo encontrar buceando en internet. Por eso era raro que no la hubiese buscado antes. Quizás es que estaba muy ocupado tratando de salvar mi relación. Quizás es que en su caso no era conveniente verla a través de la ventana de la nostalgia si no era con una caña de pescar en la mano.

Su apellido era muy común, pero su nombre no tanto. Amalia Fernández. ¿Cuántas mujeres con ese nombre podía haber en la famosa red social? Suponía que no demasiadas, aunque suponía mal. Había exactamente setenta y ocho. La pregunta ya no era si se acordaría ella de mí, si no si me acordaría yo de ella.

La primera criba fue fácil. Fuera las más jóvenes, fuera las más viejas, fuera las que no eran españolas. Bueno, había una dominicana a la que dejé en la carrera final, pero simplemente por el placer de seguir observando su foto de perfil en la playa. Quedaron doce finalistas con sus correspondientes fotos: dos rubias, cinco morenas, dos perros, dos bebés

y un retrato del botones Sacarino. A priori todas podían encajar en mi recuerdo, tinte de peluquería mediante. Le gustaban los animales, tenía edad para ser madre y tenía un magnífico sentido del humor. Supongo que por eso me enamoré de ella, me gustaba que se riera con mis bromas. Sigo pensando que el amor es una mezcla de deseo y posibilidad, y en sus sonrisas vi yo la mía.

Miraba detenidamente las fotos de las morenas que tenía en la pantalla intentando evocar gestos o rasgos del pasado. Todas me parecían ella. O quizás quería que todas fueran ella. O pudiera ser que realmente todas fueran ella. Era una remota posibilidad, pero podía ser que formara parte de una familia de hermanas quintillizas a quien unos padres poco imaginativos pusieron el mismo nombre. Quizás simplemente el deseo de encontrarla me confundía.

Leía la información de cada una a la vez que intentaba bucear en mi memoria para recordar sus gustos. Su película favorita era *Dirty Dancing*. Se deleitaba con la horchata, con Madonna, George Michael o Miguel Bosé. Soñaba con dedicarse al baile y triunfar en París. En resumen, que no había nada que la distinguiese de una adolescente de aquella época.

La búsqueda acababa de comenzar y no me iba a rendir. Ni siquiera se me pasó por la cabeza la posibilidad de que ella no tuviera cuenta en Facebook. Tenía que estar allí.

Puede que guiado por los instintos más básicos o sencillamente porque si hay algo que los años no pueden quitar es la belleza de una mirada, me quedé contemplando fijamente los ojos de la que me parecía más guapa y recordé la primera vez que me miró... bueno, más bien la primera vez que la miré.

* * *

Acababa de comenzar las vacaciones. Mi hermana había decidido que fuésemos a Benicasim porque allí veraneaban sus amigas. Mis padres cedieron a sus presiones sabiendo que aquella podía ser una de las últimas vacaciones familiares que les quedaran en la recámara. O simplemente querían marcar de cerca aquellos 17 años en plena ebullición.

Mi propuesta de ir a Gandía, donde veraneaba la mitad de mi pandilla, nunca fue tenida en cuenta. Mi manifiesta disconformidad y mi bajón de adolescente fueron considerados daños colaterales. Mi opinión no contaba, ese era el único hecho cierto.

Por si esto fuera poco me comunicaron la noticia con la condescendiente frase «no te preocupes, seguro que allí haces pronto amiguitos». Más que el tópico, me dolió el diminutivo. Mi orgullo de quince años recién cumplidos trató de revelarse y pedí excedencia familiar para el mes de Agosto. Me consideraba lo suficientemente maduro como para quedarme solo en Madrid. Aunque creo que era el único de la casa que seguía esta corriente de pensamiento. La ausencia de habilidades culinarias —unido al hecho de que el microondas aún no hubiera entrado en la mayoría de los hogares, incluido el nuestro—, y el pedal que me pillé el último día de instituto, fueron algunos de los argumentos que blandieron en mi contra.

Desde la distancia, tengo que reconocer que los únicos síntomas de madurez mostrados aquel año a mi familia fueron mi afeitado de bigote bisemanal y la re-decoración de mi habitación sustituyendo el poster de Samantha Fox con los pechos al aire por uno más recatado de Marta Sánchez luciendo un escote de olé (olé). Ahora ni siquiera estoy seguro de que pudieran esgrimirse como grandes argumentos de peso para conseguir la independencia veraniega.

Así pues, asomaban por el horizonte quince días de sol, familia y aburrimiento estival. No tenía ninguna intención de

ir mendigando amigos por la playa, y salir con mi hermana y su grupito iba en contra de mi religión. Con el añadido de que la barrera de edad que nos separaba, sin ser muy grande, era lo suficientemente amplia como para situarnos físicamente a un lado y a otro de la entrada legal en una discoteca.

Llegamos de noche. Al día siguiente, como buen hijo, estaba casi con la luces del alba en la playa acompañando a mi padre para coger sitio en primera línea con la sombrilla. Nos cruzamos con grupos de jóvenes que se recogían a esas horas y a los que no pude dejar de mirar con envidia. Mi lugar estaba con ellos, no con mi progenitor. Algo parecido debió pensar él, que su lugar no estaba junto a mí, porque al rato me abandonó con la excusa de ir a por el pan y diciendo que yo debía quedarme para guardar el espacio conseguido, dejándome así, metafóricamente, a la altura de la sombrilla. Literalmente me quedé debajo. En definitiva, ¿había una manera más lamentable de empezar el primer día de vacaciones para un adolescente?

Afortunadamente, mi padre tuvo el detallazo de dejarme el *As*, un periódico deportivo. Aunque en verano se parezca al *Hola* por el número de páginas con entrevistas intrascendentes, en aquel lapso de tiempo que se me hizo eterno devoré hasta la última letra. De no haber estado en un sitio público hubiera dado cuenta también de la chica de la contraportada. Como si el radar de mi madre estuviera captando las libidinosas ideas que corrían por mi cabeza, hizo acto de presencia con su grupillo de amigas cloqueantes, desplazándome fuera de la sombra en agradecimiento a mis servicios. Me ofreció a cambio, eso sí, un bote de crema protectora y una gorriila de Nivea.

No, gracias. Ya me sentía bastante humillado.

Entonces tuve mi «momento hoyo». Es probable que las mujeres lleven inscrita en su código genético la manera de

aguantar horas y horas en la playa sin hacer nada aparte de tomar el sol. La mayoría de los hombres, sin duda, no lo tenemos. En su lugar nos aparece el «gen albañil». Y cuando nos aburrimos, empezamos a escarbar en la arena cual perrillo que pretende enterrar un hueso. En función del grado de aburrimiento, el hoyo puede ser de mayores o menores dimensiones. Creo recordar que hace poco en un capítulo de «Mega construcciones» contaron cómo la primera prospección petrolífera fue ejecutada, de manera involuntaria, por un hombre de uñas largas que estaba ocioso en la playa. Excavó un pozo de diez metros de profundidad y cuando se quiso dar cuenta ya no podía salir de él. De origen vasco, este pionero pensó que si no podía salir por un lado, podría hacerlo por el otro y siguió excavando. Al llegar a los doscientos metros, encontró petróleo. Nunca pudo disfrutar de su descubrimiento porque murió allí mismo. Encontraron su estómago encharcado. Nunca se supo si porque fue anegado por el oro negro o porque, en aquel estado de cansancio y con el bajo nivel de iluminación existente a aquella profundidad, lo confundió con pacharán.

El caso es que aquel día mi grado de tedio era muy alto. Cuando me quise dar cuenta tenía hecho un agujero en el que habría podido enterrarme vivo y poner fin a aquellas vacaciones y de paso a mi atormentada existencia adolescente. Opté sin embargo por transformarlo en el foso de un castillo con túneles comunicantes. Al ver la buena pinta que iba adquiriendo aquello, se unió a la faena la cuadrilla de hijos preadolescentes de los amigos de mis padres, impulsados indudablemente por su gen albañil.

Cuando Amalia llegó a la playa, una capa de arena era mi segunda piel, estaba pringado hasta en los recovecos más ocultos de mi cuerpo, allí donde mis dedos no alcanzarían ni querrían llegar. Me encontraba portando un par de cubos de

agua, rodeado por la chavalería y, sí, tengo que reconocerlo, con ese gorro de Nivea que marcaba tendencia entre los jubilados aquel año.

Afortunadamente, en un principio ni ella se fijó en mí ni yo en ella. Enfrascado como estaba en mi labor de construcción, todo lo que sucedía fuera de mi castillo carecía de interés. Pero aunque normalmente cuando sonaba la voz de mi hermana se producía un «efecto desconexión» en mi cerebro, estando en la playa lo que produjeron mis neuronas en colaboración con mi testosterona fue una asociación directa entre ella y su amiga de pechos voluptuosos. Hoy en día cualquiera los hubiera tachado de siliconados. En aquella época no era tan corriente la cirugía plástica y sin duda su urgencia se debía más a sus 17 primaveras que al efecto de un bisturí. Tres años atrás, en la piscina del barrio, ella fue la causante de mi primera erección espontánea generada por agentes humanos y la responsable de mis quemaduras de primer grado en la espalda por tener que adoptar una posición de decúbito prono de manera prolongada para camuflar la entonces inesperada reacción de mi cuerpo. Hay mujeres que dejan huella en tu vida, y de paso en el césped de la piscina, y Carmen, así se llamaba, era una de ellas.

Esta vez, más allá de sus pechos, como quien divisa un amanecer entre dos montañas, pude ver algo que estimuló mi cuerpo de una manera diferente. Si nos ponemos metafísicos, diría incluso que estimuló mi alma. Hasta aquel momento no había sentido algo como lo que sentí cuando la vi por primera vez. Allí estaba ella. Desde ese primer instante en que sólo era el contorno de una chica sin rasgos definidos creo que ya sentí un pinchazo en el corazón o en algún otro sitio de mi cuerpo o en todos a la vez. Quizás sea mi memoria la que me juega malas pasadas y adereza de componentes místicos aquel instante, pero no miento cuando digo que en mi recuerdo una

oleada de emociones me recorría y se desbordaba provocando un maremoto en mi tranquila existencia. Apenas la vi y ya me gustó para siempre.

Mientras una revolución se gestaba en mi interior, en el exterior Amalia era presentada a mi madre como la prima de Nani. Lo que sucedió en el marco de los siguientes cinco segundos sólo es posible imaginárselo si se hace a cámara lenta. En los labios de mi hermana pude leer «... y ese de ahí es mi hermano...» Hubo otra palabra después de hermano que pudo ser pequeño, guapo, Jorge o muy probablemente imbécil. Pero no podía perder mi valioso tiempo descifrándola. A una velocidad superior a la de Ben Johnson esprintando tras su correspondiente chute de sustancia dopante, me deshice del sombrero de Nivea, lo dejé caer en el foso del castillo, lo enterré con las almenas que mi cuadrilla acababa de rematar y me tumbé sobre él como si estuviera tomando el sol tranquilamente. Adopté lo que yo en aquel instante consideré una postura sexy aunque, desde la distancia que dan los años, estimo que entre el despeinado, la arena impregnada por mi cuerpo y la falta de respiración por el esfuerzo, podría parecer más bien un náufrago recién arrastrado hasta allí por una ola. Sólo hubieran faltado unas algas jalonando mi jadeante anatomía para dar credibilidad a aquel cuadro.

Ella me saludó y me derretí fusionándome con la arena. Bueno, para ser sincero, cuando me saludó una turba de obreros liliputienses enfurecidos por la demolición de sus torres se lanzó sobre mí y me fundió con la arena.

Para cuando logré escaparme ya no estaba allí, aunque curiosamente ha conseguido permanecer en mi memoria hasta hoy.

* * *